

Prólogo a la edición castellana

EL LECTOR TIENE EN SUS MANOS UNA OBRA CLAVE PARA EL CONOCIMIENTO y estudio de un fenómeno presente en toda sociedad como es el de la violencia colectiva. A partir del análisis de múltiples contextos posibles (festividades, elecciones, promulgación de nuevas leyes, sucesiones reales, etc.) en que la violencia grupal se convierte en un mecanismo decisivo en el desenlace de choques colectivos, el autor indaga en sus formas, variaciones y evolución en el tiempo, buscando identificar los mecanismos y procesos que de manera recurrente dan lugar a episodios de violencia colectiva.

El interés de esta obra viene avalado por la larga trayectoria del autor –ya clásico– en el estudio de la acción colectiva, en sus principales formas y repertorios. El historiador-sociólogo norteamericano destacó a finales de los setenta por su obra, entonces pionera, *From Mobilization to Revolution* (1978), que desbancó los postulados de «la escuela behaviorista» (Smelser). En sus estudios de la acción colectiva y de los movimientos sociales constató que «toda población tiene un repertorio limitado de acciones colectivas, es decir, de formas de actuar en común sobre la base de intereses compartidos» (1978: 541). Mientras otros restringían su visión de lo político a los partidos y a las elecciones, a Tilly le preocupaban las acciones no institucionales y no convencionales (*contentious gatherings*) como son las huelgas, sabotajes, manifestaciones, asambleas, etc. Sus propuestas metodológicas –que parten de la historia social–, y el sistemático estudio de casos que aporta para ello, cuestionaron los postulados de la por entonces paradigmática «escuela de la privación relativa» de Robert Gurr (*Why Men Rebel?*, Princeton, Princeton University Press, 1970). En aquella época la escuela de Chicago seguía intentando explicarse por qué no se amotinaban más a menudo los sin techo y las clases marginadas. Con *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (1984) Tilly cuestiona la construcción de la historia desde el poder, pues considera inadecuada la lectura clásica de los cambios sociales ocurridos en el siglo XIX, ya que del pensamiento social del siglo XX surgieron, según él, hasta ocho «postulados perniciosos», «que se deducen de una división radical entre fuerzas del orden y fuerzas del desorden» (Tilly, 1984: 28).

Violencia Colectiva
Charles Tilly

© 2007 Editorial Hacer S.L.

A mediados de los ochenta su estudio se centró en las huelgas (repertorio central del movimiento obrero), con el análisis de 36.000 casos de huelgas en Francia entre 1830 y 1968 y alrededor de 2.000 sucesos violentos (1986). En los noventa, Tilly se interesa por los diferentes procesos de construcción nacional en los estados europeos (tanto históricos como recientes) en obras como *Coerción, capital y los estados europeos* (1992), «La autodeterminación nacional» (1993), *Las revoluciones europeas 1492–1992* y especialmente en «Reflexiones sobre la lucha popular en Gran Bretaña, 1758–1834» (1995). El autor, profesor en la Columbia University (USA), tiene destacadas publicaciones con otros autores reconocidos de la llamada «escuela de la movilización de recursos», como Anthony Oberschall (*Social Conflict and Social Movements*, 1973) o John McCarthy y Mayer N. Zald, Sydney Tarrow, Marco Giugni o Doug McAdam, entre otros.

Con esta nueva obra, *The Politics of Collective Violence* (2003), cuya oportuna traducción al castellano debemos agradecer a la iniciativa de Editorial Hacer, Tilly vuelve en cierto modo a sus orígenes, al centrarse en la parte de la acción colectiva más antipática, incómoda y difícil de abordar por sus mecanismos y fines, como es el fenómeno de la violencia.

El método comparativo y relacional utilizado le permite analizar los desencadenantes, actores, contextos, y en definitiva las similitudes y recurrencias de la casuística. Si bien el paso de una situación de agresividad contenida a un final violento entre una o varias de las partes implicadas en un conflicto no es siempre matemático, Tilly, basándose en analogías causales entre episodios aparentemente muy dispares, trata de identificar los mecanismos más habituales pues defiende la existencia de leyes y códigos propios (oportunisto, negociaciones rotas, coordinación).

Respecto a los contenidos de la obra, el primer capítulo se centra en las «modalidades de la violencia» colectiva, en donde el autor desgana la tipología de la violencia interpersonal, desmarcándose así del psicologismo (ideas y conductas) y situando los tipos de violencia colectiva en relación con los procesos sociales que la generan, y no con las motivaciones y las emociones que pasan por la cabeza de los violentos que producen los daños.

La palabra violencia es un término complejo, por sus múltiples formas y gradaciones, y que cuenta a su vez con pocos sinónimos. Concluyendo el libro a finales de 2001, Tilly no elude el uso de la palabra «terrorismo» pero, consciente de «la existencia de prejuicios profundamente arraigados sobre la causación de los procesos sociales por unas intenciones unitarias –por ejemplo, que las revoluciones suceden porque los revolucionarios las desean, o que el terrorismo se produce porque existen unos locos terroristas–» advierte de que quizá sus «opciones analíticas resulten enervantes para muchos». Ciertamente, desde 1972 la ONU intenta establecer la definición de terrorismo. Donde unos Estados ven terrorismo otros ven guerras por la autodeterminación, o donde unos justifican el intervencionismo militar otros ven ocupación o violencia de estado. La inclusión o no del terrorismo de estado o del terrorismo libertador imposibilita una definición política consensuada. Tras el fatídico 11-S se declaró la «guerra al terrorismo», se intentó imponer la consigna de que «todos los terrorismos son iguales», y, con una visión maniqueísta, se promovió la exacerbación de los enfrentamientos identitarios de carácter cultural, nacional o religioso, tanto

locales como globales («hay una cosa muy clara, o se está con nosotros o se está con ellos»: G. Bush, 20-09-2001). Lejos de estos discursos antiterroristas que fomentan, como denominaría Tilly, «la polarización de las líneas de división nosotros-ellos», para el autor el llamado «terrorismo» sería, analíticamente, una concatenación de «episodios violentos que van desde la destrucción coordinada hasta los ataques dispersos». En un contexto tan complejo por el número e intencionalidades de los actores intervinientes se abona el terreno al oportunismo y a la intervención de emprendedores y especialistas de la violencia. Con todo, Tilly se resiste a la tentación de distinguir entre fuerza (legítima) y violencia (ilegítima).

En el segundo capítulo, «La violencia como política», el autor nos ilustra sobre el papel de estados y gobiernos que, por su posición de dominación, hacen uso de «la violencia legítima» y actúan como «emprendedores políticos y especialistas de la violencia». Mediante el patrocinio y represión de la violencia, los estados determinan, en cierto modo, el lugar que ésta ocupa en la vida política pública. Tilly sostiene que «los especialistas en infligir daños físicos (como, por ejemplo, policías, soldados, guardias, sicarios y bandas) juegan un papel significativo en la violencia colectiva. Su presencia o su ausencia suele marcar la diferencia entre un resultado violento o no violento». En el ámbito de la estructura política, Tilly analiza los contextos políticos democráticos y autoritarios (no democráticos) con capacidades altas o bajas para infligir daños. La combinación de esos elementos nos sitúa en cuatro escenarios posibles, ilustrados además con múltiples ejemplos (genocidio ruandés de la primavera de 1994, India en 1980/90). En muchos casos, los protagonistas activan la línea divisoria de identidades nosotros/ellos.

En el tercer capítulo, dedicado a «las tendencias, variaciones y explicaciones» de la violencia observada en los últimos siglos, se constata que en términos absolutos (y per cápita), el siglo XX ha sido el más violento de los últimos diez milenios del planeta. Partiendo del balance de víctimas en conflictos armados, principalmente en las guerras mundiales (I y II GM), y recordando que en la segunda mitad del siglo XX las prácticas militares que siguen prevaleciendo responden a nombres como los de guerrilla, conflicto de baja intensidad, genocidio, politicidio, democidio o limpieza étnica, Tilly elige el año 1989, en que cae el muro de Berlín, para situarnos en un marco de recrudescimiento de la violencia a través de sucesos tales como el aplastamiento del movimiento estudiantil de Pekín (1989), la fratricida guerra de Yugoslavia (1990) o la primera guerra del Golfo (1991) de Bush-padre.

En los capítulos del cuatro al nueve se detallan con ejemplos algunos de los tipos de violencia colectiva enunciados en el primer capítulo. Así, el capítulo cuarto se centra en los llamados «rituales violentos»: los «daños conforme a un guión», *Potlatch*, «venganzas previa inscripción», «peleas entre bandas», etc. En este caso la variada casuística nos lleva a conflictos en Irán, el Japón o en el Oeste norteamericano, o al mismísimo Bronx. En el capítulo cinco, expone ejemplos de lo que denomina «destrucción coordinada», como son «las campañas de aniquilación, el terror conspiratorio y los combates mortíferos». El ejemplo central hace referencia a los desfiles y enfrentamientos del conflicto del Ulster (siendo el caso de Colombia, un ejemplo de las tres variantes de destrucción). También destaca la «subvención y promoción» de la violencia que muchos países practican para desestabilizar a sus vecinos. El capítulo

lo seis se centra en el «oportunismo» que se produce cuando «los individuos utilizan medios inmediatamente dañinos para perseguir objetivos normalmente prohibidos; entre los ejemplos encontramos los saqueos, la violación en grupo, la piratería, los asesinatos por venganza y algunos tipos de pillaje militar». Para analizar sus mecanismos, se refiere aquí a las guerrillas chechenas, a las matanzas de Ruanda (1990/94) o del Congo, o a los disturbios de la década de 1960 en los ghettos estadounidenses. La creciente importancia de los secuestros en el repertorio de los llamados «terroristas» sugiere al autor que el oportunismo va en aumento. En el capítulo siete, se refiere a un tipo de violencia muy común en nuestras sociedades, como son «las reyertas». Se apoyan las argumentaciones en ejemplos de cólera al volante (*road rage*). A través de la autobiografía del jacobino «Ménétra el pendenciero» en la Francia del siglo XVIII nos advierte de cómo, en algunos casos, los climas de crispación generalizada pueden acabar desembocando incluso en revoluciones. El apartado ocho se refiere a los «ataques dispersos», más habituales en contextos no democráticos. Sus protagonistas son grupos de sicarios o matones que para lograr los fines de sus promotores recurren a múltiples formas de violencia. Tilly nos sitúa en la rebelión del capitán Swing en la Inglaterra de 1830 para ilustrar sus argumentaciones. El capítulo nueve resulta clave para entender los contextos proclives a violencias colectivas en donde la incomunicación y polarización de las partes lleva a una situación de «negociaciones rotas». Un ejemplo de ello lo tenemos en las manifestaciones reivindicativas. La manifestación como «reafirmación pública del valor, la unidad, el número y el compromiso» puede dar pie a ataques dispersos. Oleadas de violencia se producen y después remiten debido a cambios en la coordinación y/o la relevancia de sus protagonistas. Las protestas en Francia o las revueltas de los campesinos chinos son sus principales ejemplos.

Finalmente, Tilly aporta una síntesis en donde, asumiendo las limitaciones existentes en este trabajo, resalta las futuras líneas a seguir para el estudio del fenómeno. De la extensión y globalización de la violencia en todo el ámbito del sistema político nos sirve la pregunta que se formula Tilly: ¿Por qué diferentes tipos de régimen político (por ejemplo, democráticos y autoritarios) albergan niveles y formas tan diferentes de violencia colectiva?

Así pues el conjunto de la presente obra de Charles Tilly supone un decidido intento de conceptualizar los fenómenos, variados pero repetitivos, de la acción colectiva en su expresión violenta. Aun con difíciles encajes por su complejidad, es de agradecer la visión histórico-planetaria (dilatada en el tiempo y amplia en su extensión geográfica) que el autor nos ofrece, pues supera con creces otros estudios más locales o específicos. Las referencias a España son, sin embargo, mínimas, a pesar de ser este un país que ha sufrido dolorosas etapas con altos índices de violencia política (guerra civil/ represión y contra-terrorismo/ terrorismo independentista e internacional). Si bien sería más que deseable que los nuevos tiempos nos deparasen un descenso de incertidumbres y que los actores en conflicto aprendieran a ritualizar la resolución de sus enfrentamientos mediante esquemas pacíficos, parece muy improbable que esto ocurra. Por ello, y dada la ironía apuntada por Tilly «de que los especialistas en el mantenimiento de la paz son también especialistas en la violencia», resulta necesario abundar en el camino abierto con esta obra para, lejos de visiones estereotipadas o políticamente partidistas, acercarse con rigor al conocimiento de este

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA

XIII

fenómeno, pues sólo conociendo y comprendiendo los mecanismos que generan y promueven la violencia colectiva podremos intentar desactivarlos.

RAMÓN ADELL ARGILÉS
Profesor Titular de Sociología
UNED